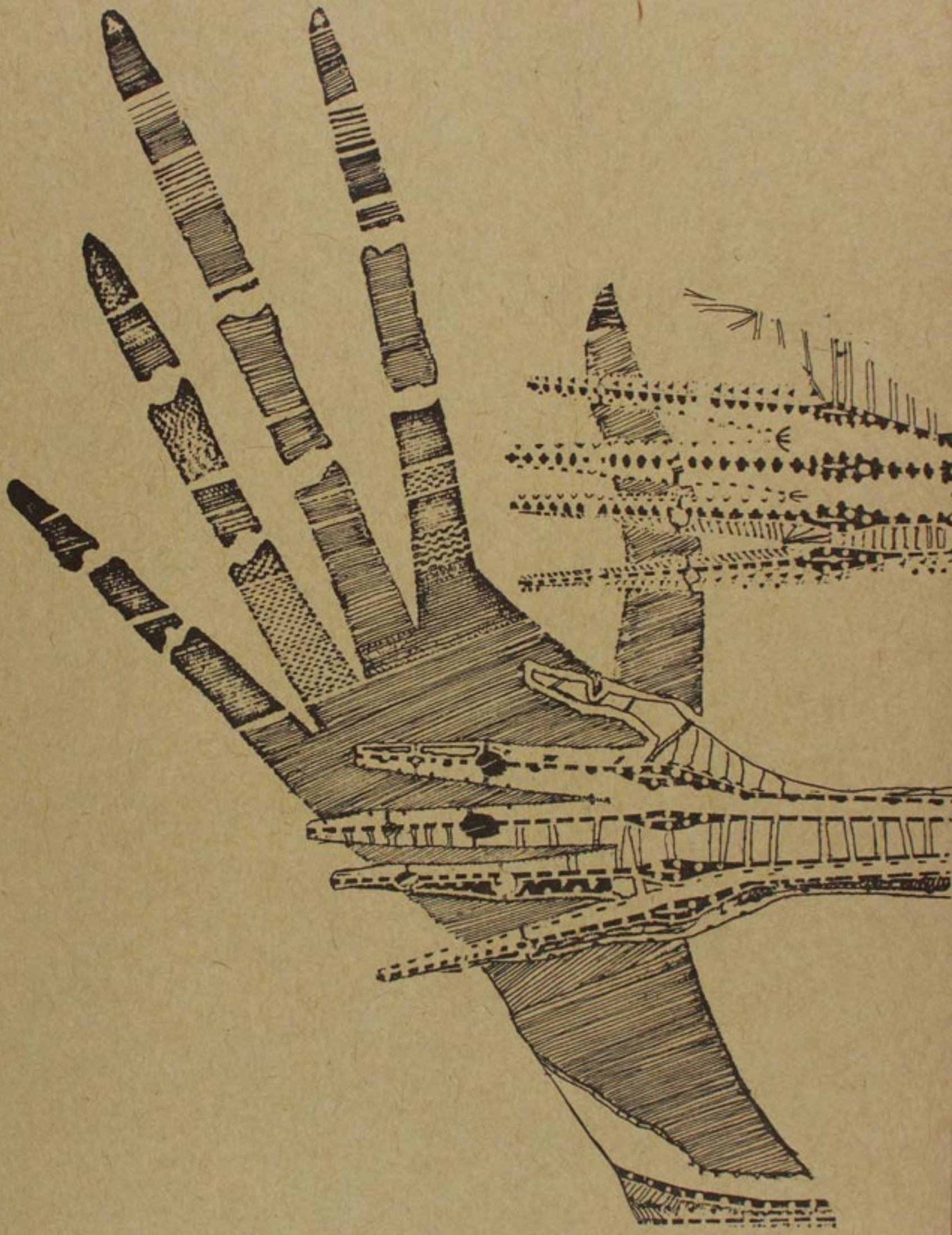
revista mensual de libreria y foro

julio 1988

31

gandhi



BLANCO MÓVIL

LOS PRIMEROS PASOS

Este mes, como todos los años, es el séptimo del calendario, pero es un mes en un año, cualitativamente diferente, hay elecciones y no son como las de sexenios anteriores. No. Esta vez el voto puede dejar de ser la introducción formal de una boleta en la urna. El voto puede ser la expresión concreta de un cambio. La candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas es apoyada masivamente. La izquierda casi en su totalidad se ha unido alrededor de este candidato y su programa. El hastío y la rabia ante la política antipopular del partido gobernante han dado sus frutos. Se quiere marcar un hasta acá.

Como ciudadanos nos encontramos avidos de cambios en todo. Desde la semiología del discurso, hasta el verbo de la acción, desde el monopolio del papel hasta los Pactos de Solidaridad. Desde las estadísticas hasta el nombre de ejes viales, desde las nubes smog hasta el corporativismo. Desde las orejas que no escucha hasta las privatizaciones en las empresas. Desde la constante guillotina de la censura cultural cubierta y encubierta hasta la corrupción policiaca. Estamos hartos. Hay necesidad de oxígeno. Basta de nadar bajo el agua. La esperanza ya dejó de ser una especie de señora levemente gorda y en túnica mediterránea. Somos Nosotros.

Que sea un mes diferente un mes que se marque en la historia de los hombres y mujeres de este país. Un mes nuestro.

Eduardo Mosches

NUESTROS ESCRITORES

Eugenio Aguirre: Oficio de imaginación

Gerardo Amancio

> Pero es posible que estemos viendo
> una historia *falsa*. Tal vez la
> verdadera no puede aparecer hasta
> que no se haya dado el golpe mortal
> a la muerte
> Elias Canetti, *La provincia del hombre*

La imaginación es una memoria que se sabe imperfecta e insensata porque elude la prudencia a la que nos ha acostumbrado el dogma, la frase hecha, el lugar común; por ello es posible que no se necesite imaginación para levantar monumentos, pero sí para dinamitarlos.

El golpe mortal a la muerte

El olvido no sólo es muerte, es también agonía: una transformación dolorosa de lo importante en nimiedad, de lo espontáneo en ritual. Así, la historia también ha servido para hacernos olvidar, por la aparente contundencia de los datos y las precisiones, su propia artificialidad, su condición de invento. Por ello, quizás lo más atractivo de la lectura de la historia consista en rastrear lo que no dice para fijar las coordenadas de ese atractivo *pudo ser*.

El campo de la posibilidad es sugerente no para el cambio de las distintas versiones de la historia sobre determinado acontecimiento o determinada vida –lo que equivaldría a estar escribiendo *otra* historia– sino para imaginarlos, para hacerlos formar parte del artificio de la literatura.

El afán totalizador de la historia secreta, a pesar de todo, minucias que antes eran cantadas por los juglares y que en la conciencia de las personas se volvían otra cosa: leyenda, una de las formas que inventaron los simples para hacer morir a la muerte.

"En la leyenda ha quedado tu nombre. . ."

Todavía hay héroes que no se han hecho calle, estatua o monumento, y que cabalgan en la frontera que divide lo real de lo imaginario, en el misterio.

En 1517 Diego Velázquez, gobernador de Cuba, recibe por boca de dos cautivos indígenas la noticia de que dos españoles son presos de los mayas.

> La veracidad de esta noticia es confirmada cuando Hernán Cortés se encuentra con el padre Jerónimo de Aguilar, uno de los cautivos, en Cozumel en 1519. Se sabe que otro español, Gonzalo Guerrero, no hace ningún esfuerzo por reunirse con sus ex-compatriotas, ni en ésta ni en ninguna otra ocasión. Jerónimo de Aguilar acompaña a Cortés y sirve, con doña Marina, como intérprete o 'lengua' en la Conquista de México mientras que Guerrero se queda en Yucatán y dirige la resistencia indígena contra los españoles hasta su muerte (en pelea con los invasores) probablemente en 1536.[1]

Gonzalo Guerrero constituye una omisión fascinante de la historia, principalmente, por lo que significa: el reconocimiento de otra cultura, agredida por el aventurerismo de un imperio, que logró oponerse militarmente, acaudillada por un español, a la conquista; un remiso que descreía de la legitimidad de la aventura depredadora de los españoles.

La existencia de Guerrero ha debido ser necesariamente incómoda para las distintas versiones históricas generadas a partir de la conquista de México porque, en última instancia, atenta contra el *kitsch* que ha intentado explicar el origen de nuestro mestizaje a partir de la pareja originaria: Cortés y la Malinche. ¿Cómo podría aceptar el vencedor que un verdadero traidor fuese el origen de la obra que se adjudica: el nacimiento de una nueva raza?

Sin embargo, la omisión le ha servido a Eugenio Aguirre para escribir una hermosa novela que no se asume historia sino lo que él ha dado en llamar *ficción coherente,* una incursión en el terreno de lo improbable que nos sirve para reconsiderar la historia apenas sabida.

A los ojos de Aguirre, Gonzalo Guerrero no es un héroe trágico sino el hombre que se busca a través de la complejidad del destino, que es el producto de la convivencia y la oposición entre lenguajes distintos.

Por ello, más que una novela que pretende hacerse pasar por historia, *Gonzalo Guerrero* constituye una metáfora sobre nuestra condición actual de exiliados del lenguaje de la tolerancia. Así, en la novela, la verdadera tra-

gedia de Gonzalo Guerrero –que es la de todos– no es su naufragio sino la experiencia de hacer propio un nuevo lenguaje.

Este destino constituye un descubrimiento continuo de los nombres y los signos que son portadores de un sentido diferente acerca de la realidad y el universo. Maravillado, Gonzalo Guerrero asiste a su propia muerte y a su propio nacimiento, integra en un solo culto dos religiones, vive la condición de esclavo, exiliado, sacerdote y caudillo; se encuentra a sí mismo en lo *otro*.

La importancia de no parecerse a sí mismo

La producción de Aguirre es amplia y variada; arranca en 1973 con la publicación de *Jesucristo Pérez*. John S. Brushwood apunta al respecto:

> Las novelas de Eugenio Aguirre constituyen un caso especial y muy interesante, ya que el autor parece estudiar las posibilidades de las ficciones memediante experimentos en distintos tipos de novela. La primera, *Jesucristo Pérez* (1973), es una novela fundamentalmente fantástica, a pesar de sus implicaciones filosóficas. *Pajar de imaginación* (1975) se presenta como una narrativa surrealista que exige una formación bastante erudita del lector. Las otras tres son aún más claramente experimentos en subgéneros distintos: *El caballero de las espadas* (1978, novela de caballería), *Gonzalo Guerrero* (1980, novela histórica) y *El testamento del diablo* (1982, *western*).[2]

Este afán de experimentación puede asumirse en el caso de Aguirre como la

vocación del riesgo de aparecer distinto cada vez; su itinerario recorre puntos insospechados: desde la novela de vaqueros hasta la de corte policial y de misterio (*El rumor que llegó del mar,* 1986, y *Segunda persona,* 1985), pasando por la recreación histórica (*Valentín Gómez Farías,* 1982, y *Leona Vicario, la insurgente,* 1986) y el cuento (*Cuentos de tierra y asfalto,* 1984).

Aunque estas incursiones en distintos temas y géneros pudiera parecer un rasgo de indefinición, habría que pensar al respecto que la literatura es, fundamentalmente, exploración, así como un ejercicio lúdico de reacomodo de piezas. Por ello, habría que pensar a Eugenio Aguirre como un jugador que apuesta fuerte: a la verosimilitud de cada una de sus distintas caras de escritor, y a la capacidad de cada una de sus obras de convencer al lector de acuerdo al género en que se encuentran inscritas.

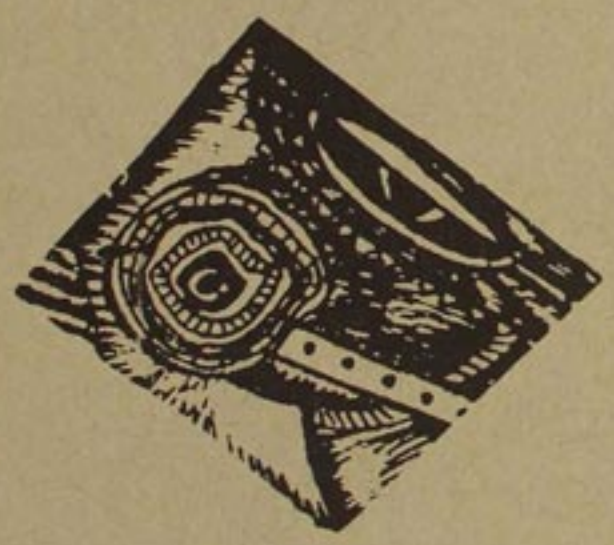
Por lo demás, esta experimentación supone –en las obras de Aguirre– una prueba para los límites fijados por cada género; así, sus novelas resultan, más que homenajes, pretextos para ir más allá de lo que propone cada género que adopta para reflexionar sobre él.

De esta forma, en *Segunda persona,* Aguirre emprende un juego con el *tú;* en ella se encuentra una referencia constante e irónica a la novela de misterio con el concurso del detective, los sospechosos y el cadáver exquisito y ubicuo de lady Amadea Acacia de Bádminton. Aquí, el misterio se sitúa más allá de la muerte y el crimen, y se centra en el mismo acto de leer y elegir entre los distintos caminos que ofrece una escritura laberíntica. Además de ser un ejercicio fascinante para el *yo* lector, resulta una meditación sobre el género que hace más célebre al personaje que al autor: Holmes en vez de Conan Doyle, Poirot en lugar de Christie, Maigret por Simenon.

En *El rumor que llegó del mar,* Aguirre toma como pretexto la novela *hard-boiled* norteamericana y la subvierte: sitúa la acción en un pueblo costero donde se ha sucedido una serie de crímenes inexplicables, casi alegóricos. El jefe de la policía del pueblo, aparte de ser un tipo sin escrúpulos, es el prototipo del agente arbitrario e ineficiente que no deja de ser siniestro a pesar de sus constantes equivocaciones. Para armar la simetría, el aparente culpable –el enemigo público número uno–, es tan huidizo y ubicuo al mismo tiempo que llega a formar parte del ambiente. La obra llega a pisar el terreno de lo exuberante y se contrapone a la propuesta de la novela negra que, apoyada en la violencia de sus asuntos, sugiere la participación del lector para resolver los crímenes.

El pueblo costero, el mar y la misma organización social van moldeando la narración hasta hacer la trama delirante; la tensión generada por la presencia del asesino va liberando las relaciones de poder entre los personajes, así como sus fantasías eróticas y sus represiones:

> ¡Ahora es cuando!, celebra la beata Cordero. ¡Ahora o nunca!... Con cuidado, abre las piernas del negro. Le pasa una almohada por debajo de los glúteos. Sus partes cuelgan en racimo.



> Uvas del invierno, pasas jugosas. Magnesia sopla el alcohol que ha embadurnado, por aquello de la asepsia. . . El corte es violento, definitivo. . . Por lo pronto, un frasco de formol se añade a su basta colección de relicarios.[3]

La realidad y el lenguaje como laberintos

Más que por la realidad, Aguirre parece más atraído por las complejidades del lenguaje, al que utiliza de manera muy imaginativa; esto contrasta con la miseria idiomática de uso corriente y, quizás debido a ello, su escritura puede ser catalogada superficialmente como "barroca".

Esta atracción por el lenguaje hace apreciable en Aguirre la intención de construir texturas; su literatura está poblada de imágenes que deben su inspiración al medio en que se desenvuelven sus historias, así como a novelas anteriores (*Gonzalo Guerrero* también es un relato de aventuras y rescata, en algunos pasajes, la épica de los cuentos de navegantes), a la historia misma e, incluso, al cine y a la literatura popular (*El testamento del diablo* está poblado de imágenes cinematográficas).

Aguirre, en suma, es uno de los escritores mexicanos más complejos y variados de los últimos quince años. Más que versiones sobre distintos géneros, su producción constituye un largo homenaje al arte de la novela, concebida como oficio de imaginación, riesgo, laberinto en el laberinto.

Por todo ello, a las novelas de Eugenio Aguirre les sienta bien la leyenda inscrita en el gran castillo del mundo:

A nadie pertenezco, y a todos; antes de entrar ya estabas aquí; quedarás aquí, cuando salgas.[4]

Notas

1 Raymond D. Souza, "La novela histórica en el encuentro de dos mundos; el primer mexicano: *Gonzalo Guerrero"*, Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Kansas, USA, 1987 (Ensayo crítico, fotocopia).
2 John S. Brushwood, *La novela mexicana (1967-1982),* Ed. Grijalbo, México, 1984, pp. 74-75.
3 Eugenio Aguirre, *El rumor que llegó del mar,* Plaza y Janes, México, 1986, p. 208.
4 D. Diderot, *Jacques el fatalista,* en *Novelas,* Alfaguara, Madrid, 1980.

Algunas novelas de Aguirre

Gonzalo Guerrero, Secretaría de Educación Pública, México, col. Lecturas Mexicanas, segunda serie No. 66, 1986.

El caballero de las espadas, Ed. Grijalbo, México, 1978.
El testamento del diablo, Ed. Premiá, México, 1982.
Segunda persona, Ed. Premiá, México, 1985.
La suerte de la fea, Ed. Premiá, México, 1986.
El rumor que llegó del mar, Ed. Plaza y Janes, México, 1986.

En 1981 obtuvo la gran Medalla de Plata de la Academia Internacional del Lutece, en París, Francia, con su novela *Gonzalo Guerrero.*

NUESTROS ESCRITORES

El último asesinato

Eugenio Aguirre

Abrió la puerta con sigilo y se introdujo subrepticiamente en la habitación. Afuera llovía. Me pude dar cuenta de ello mientras la hoja de la puerta permaneció abierta. Sentí un escalofrío.

Después cerró con cierta violencia y aherrojó la cerradura con una llave maestra. Volteó hacia mí y nuestros ojos se encontraron.

Lentamente, se aproximó hasta donde yo estaba y se sentó en un taburete chaparro, tapizado con el peor de los gustos. Me miró fijamente y luego parpadeó.

Una tosecilla brotó de su boca, frunció los labios y se atusó el bigote con la mano izquierda. Todo ello en la más absoluta obscuridad.

Con la mano derecha jaló el cordón que accionaba el interruptor de la lámpara de mesa que quedaba a mi costado. La penumbra se hizo a un lado y sus facciones quedaron definidas. Me dio miedo, mucho miedo.

Su rostro era de un gris ceniciento y estaba surcado por profundas arrugas que atestiguaban la pesadumbre que lo embargaba. Dos ojeras color violeta y los lagrimales enrojecidos expresaron el lastre de violencia que venía arrastrando.

– ¡Imbécil! – dijo con un tono lúgubre y rabioso. ¡Desgraciado! Guardé silencio. No dije nada.

Me miró de nuevo y estiró los brazos hacia mí, directamente a la garganta. Sus manos temblaban sin control. Estaban amarillas por la nicotina de los cientos de cigarros fumados y por la lesión hepática que le había dejado el alcoholismo de otros tiempos. Las retiró cuando estaba a punto de gritar.

Se levantó y caminó unos pasos. Las suelas de cuero de cochino de sus rudas botas sonaron sobre las duelas como hachazos. Un pequeño cesto de basura fue despedido a otra habitación de una patada. Casi no hizo ruido y, al parecer, eso lo enfureció. Varias piezas de cerámica se estrellaron contra el muro que separaba la cocina. Algunos fragmentos pasaron volando muy cerca de mí.

Caminó hasta la ventana, abrió las persinas y se quedó viendo la tarde que comenzaba a declinar. El sonido de una bocina de automóvil llegó desde muy lejos y se perdió entre el barullo de la calle.

Lo que se alcanzaba a ver del cielo desde mi lugar era el retrato rayado de la soledad. Soledad mojada por un norte inoportuno.

Por un rato pensé que se había olvidado de mí y que ya no me haría

caso. Pero me equivoqué, poco después volvió a sentarse frente a mis ojos que sufrían.

Ojos de lince le vi entonces y me estremecí. ¿Hasta dónde llegará su ira criminal?, fue la pregunta que pasó por mi cerebro. ¿Hasta cuándo será dueño de sí mismo y detendrá su flujo de violencia?

Me pareció que me entendía, porque un dejo de dulzura se aposentó en las comisuras de sus labios. ¿Estará al borde del arrepentimiento?, supliqué con mis pupilas. ¿Me dejará vivir un poco más?

No hubo respuesta, a pesar de que su gesto había dejado de ser amenazante. Ya había yo visto esa cara impasible, presagio de la tormenta. El miedo se transformó en pánico.

Comenzó a observarme con una paciencia morbosa. Cientos de venillas rojas se inflamaron en la esclerótica blanquecina que rodeaba el iris cobalto de sus ojos y le dieron el aspecto de un ser enloquecido. Los pelos que salían de sus narices se afilaron como dos puñales carniceros. Una baba, lacia, repugnante, cayó de su boca hasta su pecho. La aplastó con un movimiento brusco de su mano y me salpicó en una mejilla.

Nos retiramos juntos hacia atrás. El para tomar el impulso que requerían sus ansias criminales; yo para escapar por unos segundos al agudo fogonazo de su aliento. Plomo de calibre cuarenta y cinco tenía en la boca en ese momento; amargo como la muerte.

De pronto, su frente estuvo pegada a la mía como si fuésemos unos mellizos unidos por el sino del infortunio, de la destrucción. Pude sentir, a través de la piel delgada de su frente, el palpitar de un torrente sanguíneo que hervía y amenazaba con derramar su lava destructora. Pude, también, casi en un trance hipnótico, descifrar los pensamientos que punzaban, como dardos envenenados, las recónditas zonas de su conciencia que aún conservaban vestigios de una moralidad momificada.

¡No tenía remedio el tipo! ¡Yo menos! Tarde o temprano, en una fracción de tiempo inmensurable, el desenlace fatal tendría que presentarse y entonces. . . Cerré los ojos junto con él para no verlo.

Cuando los abrí su cara estaba lejos de la mía y su respiración era entrecortada.

– ¡La maté, a la hija de puta la maté! – gritó herido de coraje. Se lo tenía más que merecido. ¡Me traicionó con la policía! ¡Les contó todo lo que hicimos el día del asalto al banco! ¡Cómo matamos a los guardias! ¡Sopló hasta lo del cementerio que teníamos allá por los tiraderos de basura!

Lo dejé gritar, mientras su cuerpo se convulsionaba. Al fin de cuentas lo mejor era que se desahogara. Quizá hasta me perdonara la vida.

– ¡Hijos de la gran chingada! – bramó, entonces, ¡Sí, tú y ella se unieron para darme en la madre! ¡Para meterme en la cabeza el cuento ese de que soy el hampón más maldito del mundo! ¡Sí, no te hagas el que no sabe nada! ¡Tú has sido el único desgraciado al que le he permitido recriminarme

las cosas que he hecho! ¡Tú, sólo tú, grandísimo cabrón!

Mi cara se impregnó con su saliva. Eran los perdigones con los que iniciaba mi aniquilamiento. Quise reclamarle, pero qué podía yo hacer en esas circunstancias. Preferí portarme con prudencia.

Al ataque de ira sucedió lo que yo más temía. La depresión afloró como una rata de pantano. Ahora, sí que estaba jodido.

Sus mandíbulas se cerraron con la soldadura de una determinación macabra. Contrajo los dedos y tensó los músculos de los antebrazos. Su camisa, café a rayas, los encarceló como si fuesen conejos rabiosos. Todo ojos y lo desgreñado se me vino encima. El primer manotazo me hizo oscilar violentamente. Perdí el sentido de la orientación y vi cómo todo daba vueltas a mi alrededor.

Recobré la vertical sólo para recibir un puñetazo en plena cara. Algo se quebró dentro de mí y sentí un dolor extraño. Algo así como si mi cabeza hubiese sido separada de mi tronco.

Esperaba el golpe final, cuando se soltó la corbata y comenzó a reír en una forma intolerable. No pude aguantarlo. Tanta humillación era demasiado para mi dignidad herida. Reí junto con él, reproduciendo exactamente las mismas muecas grotescas que lo deformaban.

Nunca lo hubiera hecho. Su instinto asesino surgió como una bestia incontrolable y, sin darme tiempo de hacer nada, tomó el marco dorado, me desprendió de la pared y me estrelló en el suelo con la saña más salvaje jamás vista.

* Cuento inédito.

INEDITOS

El Niño que no iba al cine para no ver las películas.

Isac Rodríguez Cázares

Se despide de su mamá y desciende trotando las escaleras. Dos pisos más abajo pasa frente a la casa de Roberto. . . el que según su mamá lo acompañará al cine. Ya en la calle, se jala un calcetín y después el otro. Luego se va por la izquierda, en sentido contrario a los coches. Cruza la primera calle y se detiene a saborear el olor de tacos al pastor de un restaurant. En una de las mesas, una rubia bebe a sorbitos agua de sandía. Se imagina por un momento ser el galán que con su simple presencia la hará atragantarse. Ella se vuelve y lo observa con indiferencia. Luego, sigue con la mirada a un joven que pasa caminando atrás de Francisco; de menos, cinco años más grande que él.

Francisco pisa una lata y se va trotando al Imperial 70. Cuando pasa frente al otro tipo, le lanza una mirada y sigue de largo. En la siguiente esquina hay un puesto de periódicos. Se imagina días de antaño, contemplando los comics; si el vendedor no rezonga, incluso se queda leyéndolos.

Ahora ve las portadas de las revistas que muestran senos y piernas y caras de facciones agradables.

Un chirriar de llantas lo hace voltear hacia un auto achaparrado y con rines importados que arranca de la esquina. Desciende de la banqueta para verlo mejor y lo sobresalta un cláxon a su espalda. Brinca a la acera. A su lado pasa otro automóvil conducido por un señor de mirada ceñuda. Lo observa alejarse, cruza y sigue a lo largo de Newton rumbo a Homero.

Camina frente a un café atiborrado de señoras y se detiene ante la vitrina de una tienda de discos. Dibuja sus fantasías sobre las portadas. . . grandes conciertos: mucha risa, muchas fans y mucha mariguana. Su tennis derecho patea el escalón al pie de la vitrina, siguiendo el ritmo que vibra a través de la puerta. Va a entrar, pero duda. Finalmente, sigue caminando hacia el fondo de la calle, donde los últimos rayos de la tarde conducen la sombra de la cruz de una iglesia por los muros de los edificios de enfrente.

Sería tan agradable toparse con Cristina. Cruzar con soltura una calle y, entonces, darse cuenta que en la ventanilla del coche que pasa casi rozándonos está ese rostro mirando hacia uno con admiración. O pasar frente a una de las boutiques que salpican la calle y entonces verla salir acompañada por su mamá, cargadas de bolsas de papel con dibujos de colores. Ignorarlas y pasar de largo; pero no por mucho tiempo. Por la esquina

aparecerán unos amigos que no existen, pero sería bueno que existieran. Con lentes obscuros y estereo a todo volumen, vendrán haciendo rugir el motor. Lo verán y se detendrán con un chirrido de llantas. Brincará con agilidad y arrancarán. En ningún momento volteará a verlas, pero la escena es obvia. Ella lo mira asombrada y la mamá no puede negar que con todo y todo, él es un tipazo.

Al final de la calle está Liverpool. Un instante fugaz se dibuja en la pared de su mente la juguetería; pero no, las ideas suben la escalera eléctrica hasta la sección de discos; sus portadas incomprensibles y, sin embargo, tan intuitivamente agradables.

Frente a la taquilla, ve su reloj y observa el tablero de horarios. Recoge el boleto y apenas revisa las monedas. Observa esos dedos razgar el boleto. Evita la mirada que acaricia a contrapelo su angustia de no tener edad para entrar a ese cine al que va para no ver la película.

Junto al pasillo, deja un lugar entre él y la pareja de su izquierda. Tierra de nadie para ser habitada por la obscuridad de la función. La luz se apaga y una luz blanca crece hasta descomponerse en ese desorden de color en constante metamorfosis. Las voces dialogan con su imagen en la pantalla. Ha llegado el momento.

Sus pies se calzan zapatos añejos y echan a andar, por allá, donde la pantalla es ahora una puerta. Entra por ella y el mundo se ensancha. Atrás queda una película: tira de rostros unidos por esa soledad que se sabe compartida; reforzada por el diálogo

que subraya su condición de siempre dos o más, pero que jamás termina de fundirse en unidad. Sus ojos, otros ojos, ya no ven la película porque hay tantas otras cosas que ver. Sus manos, otras manos, ya no son aquellas de la película que se aferran a la butaca.

El pasado y el futuro, que no existen, pero tienen dimensión, son achicados por el presente, este presente que ya no sólo existe. Ahora, además, adquiere una dimensión que crece hasta abarcar toda su existencia. La de él, que ya no es Francisco, pues ahora tiene otro nombre, como lo tuvo ayer y la semana pasada y lo tendrá el siguiente fin de semana y lo ha tenido siempre, pero sin salir del estrecho ámbito de una fantasía jamás contada. Sólo en este momento, en que ya no ve la película que se narra y se vive en la concha de las butacas, Francisco deja la simple existencia. Francisco, es.

A la salida del cine, hay un firmamento tachonado con algunas estrellas dormitando en el fondo de un océano con pliegues grises. La multitud se dispersa en la nada como una niebla que se esfuma en las calles hasta sólo quedar ese silencio de ciudad.

Francisco remonta el camino a casa. Los aparadores están apagados, habitados por objetos opacos; las cortinas de acero, bajadas. A una cuadra de su casa, todavía está el olor de tacos al pastor, pero ninguna rubia bebe agua de sandía. Patea la lata que ha sobrevivido la tarde y luego cruza la calle para entrar al edificio, donde vive Francisco.

INEDITOS

La Llamada

Bernarda Solís

LLegaste a casa a quitarte los zapatos y el traje sastre. Era sábado, querías olvidarte del trabajo, ir a cenar, tomar un buen vino y tener una conversación agradable. Viste junto al teléfono la lista de llamadas.

Octavio había dejado dicho que te comunicaras con él. Recordaste su aliento siempre agrío, su cuerpo fofo, su soltería producto siempre del exceso de alcohol y de imprudencia; marcarías su teléfono, escucharías ese "Cómo está la mujer más bella de este mundo", afirmación que tú no te creías, pero que de seguro él tampoco, te llevaría a un hotel, se entregarían los dos sin vergüenzas ni reservas, fumarían un cigarro, y volvería a tocar tu cuerpo y harían el amor de nuevo y más tarde se quedarían en silencio, conociendo tú de antemano la incomunicación verbal entre ambos, y te regresaría más tarde a casa, sin la promesa de que te buscaría pronto y tú te quedarías vacía, sin esperar nada, hasta que sorprendida encontraras dentro de quince días su nombre en tu libreta de recados. Lo dejarías pensar que no volviste a casa, o que no te apuntaron su recado. Te resultaba tan repugnante su cuerpo y su aliento, que no querías volver a verlo.

Fernando había llamado varias veces y que no dejaras de hablarle. Pensaste en ese Fernando que quería casarse contigo, pero no porque fueras la mujer más importante de su vida después de sus dos divorcios, sino porque no sabía vivir con sus silencios y porque era incapaz de manejar a su hijo y a su mundo doméstico. Por eso estabas allí con él, paseando entre los pasillos del super los domingos en la mañana; tú huyendo de los espacios silenciosos de tu casa; él, recargándose en tí, nombrandote de la misma manera en que habría llamado a su segunda mujer y a su primera, con las mismas palabras, con la misma entonación; y tú sabiéndote el sujeto de una frase de lugar común, sintiéndote demasiado asfixiada por sus demandas de cariño y atención, dándote y vaciándote, hasta esa noche en que deseaste que no te estuviera esperando y que no volviera a llamarte.

Cosa extraña porque era sábado, también te había llamado Roberto. Sabías que era casado, no porque hubiera sido lo suficientemente honesto como para decírtelo, sino porque sólo

Ha publicado los libros de cuentos: *El Mismo Camino; Sin Permiso, Mi vida privada es del dominio público.*

tenías el número de teléfono de su oficina, y pasada la tercera cita, también el de su privado. Ya, a estas alturas después de tu divorcio, no es que te importara el matrimonio, la estabilidad y el vestido blanco, quizá tampoco la soledad de ver venir como avalancha los fines de semana sin una llamada, sin un compromiso con él, sino más bien por la ineluctable sensación de sentirse permanente desplazada, porque antes que tú, y aunque no se atreviera a confesarlo, estaban los compromisos familiares, los niños, la esposa, que pese a que para cualquier hombre casado representa la incomprensión y el antídoto contra la lujuria; está allí, presente, cercenándole minutos a las horas, restándole intensidad a las caricias, mermándole compromisos a las semanas; y todos estos factores yuxtapuestos hacían sentirte excluída, rebajada como mujer. Por eso, pese a que amabas su forma de halagarte y de besarte y de tratarte, rompiste ese número de teléfono para anular también la tentación de comunicarte con él.

Jorge te había llamado, y según el recado, lo haría de nuevo. Imaginaste una cena con él en el Estoril o en el King's Road, surgieron en tí las esperanzas porque se hubiese separado de su mujer una vez más y que esta en realidad fuese la definitiva, y comenzara entre los dos esa continuidad que se había interrumpido por la llegada de ese tercer niño, que de acuerdo a las afirmaciones de él debería ser el producto del espíritu santo, y esperaste tener una noche en su departamento, como esa anterior de hacía ya tanto tiempo, en que a la primera campanada del reloj te hablaba sobre política nacional y a la siguiente, quince minutos más tarde, te besaba sobre sus piernas, a la siguiente seguías entre sus brazos, y así oiste pasar campanadas y campanadas, hasta esa última cuando él cerró la doble chapa de la puerta y ya no volviste a escucharlas desde entonces, pero seguramente, esta noche, después de que te llamara, las oirías de nuevo.

Te recostaste en la cama sin quitarte el maquillaje, en espera de la llamada de Jorge y te quedaste dormida y te despertó el timbre del teléfono. Quisiste que fuera él, irías a su departamento y escucharías de nuevo las campanadas, indicio de que continuaba algo que consideraste efímero. Levantaste la bocina y escuchaste el "cómo está la mujer más bella de este mundo". Mientras te invitaba a salir pensaste en que ya era la una de la mañana, que lo más probable es que el plan que tuvo con cualquiera otra se le frustró o no resultó como él esperaba, deseaste que no te hubiera llamado tan tarde para no hacerte pensar todo eso, recordaste su aliento agrio, su cuerpo fofo, te diste cuenta de que Jorge ya no te llamaría de nuevo; mientras le decías que sí, que como no, te levantaste a darte un baño, a retocarte el maquillaje y acomodarte el pelo.

INEDITOS

El diario prohibido de Alvar Costa

Gregorio Monge

Hace dos meses recibí proveniente de un pequeño pueblo alemán y escrito en ese idioma, un libro cuyo título es *Das verbotene tagebuch von Alvar Costa* y cuya traducción corresponde al título de esta reseña. La edición se limita a 500 ejemplares. Me he preguntado qué caso tiene reseñar un libro que no está escrito en español y ni siquiera al alcance de los lectores en alemán, pero la tentación vence a los formalismos, así pues, inicio:

En el prólogo, los editores –Fruenbach & Kronsky– explican: "Hemos decidido poner este título al libro no por contener cosas fuera de lo común, sino porque en su tiempo oscuras razones y criterios prohibieron su publicación. El manuscrito (incompleto) fue encontrado en la Biblioteca de Hamburgo por un amigo nuestro amante de la historia y las lenguas romances quien, en una oculta y paciente labor, lo fotocopió y tradujo... Creemos que al publicar este Diario, su autor hace ser considerado como lo que fue: empírico microhistoriador".

Alvar Costa, natural de Córcega y apresado en España (Granada) por homicidio triple en una taberna, es reclutado junto con otros prisioneros para integrar la tripulación de la carabela "La Pinta" y desde ahí comienza a escribir en una mezcla de italiano y español sus pareceres de un viaje que para él –como para muchos otros, suponemos– no significaba mas que una forma bastante limitada de libertad. A través del relato de Costa, podemos imaginar lo que un hombre de aquel tiempo sentía al estar frente a la aventura con una mentalidad Medieval y entrando apenas a un Renacimiento temprano como puede verse en este párrafo: *Agosto 5 de 1492* Casi todos los que aquí venimos somos fieros, hemos matado en defensa o a mansalva, pero no imagino que haríamos los 128 hombres de las tres naos contra un gigantesco monstruo marino con alas de ánade y dos cabezas como los que dicen suelen aparecer por aquí... o un dragón que engulla las embarcaciones de una tragada.*

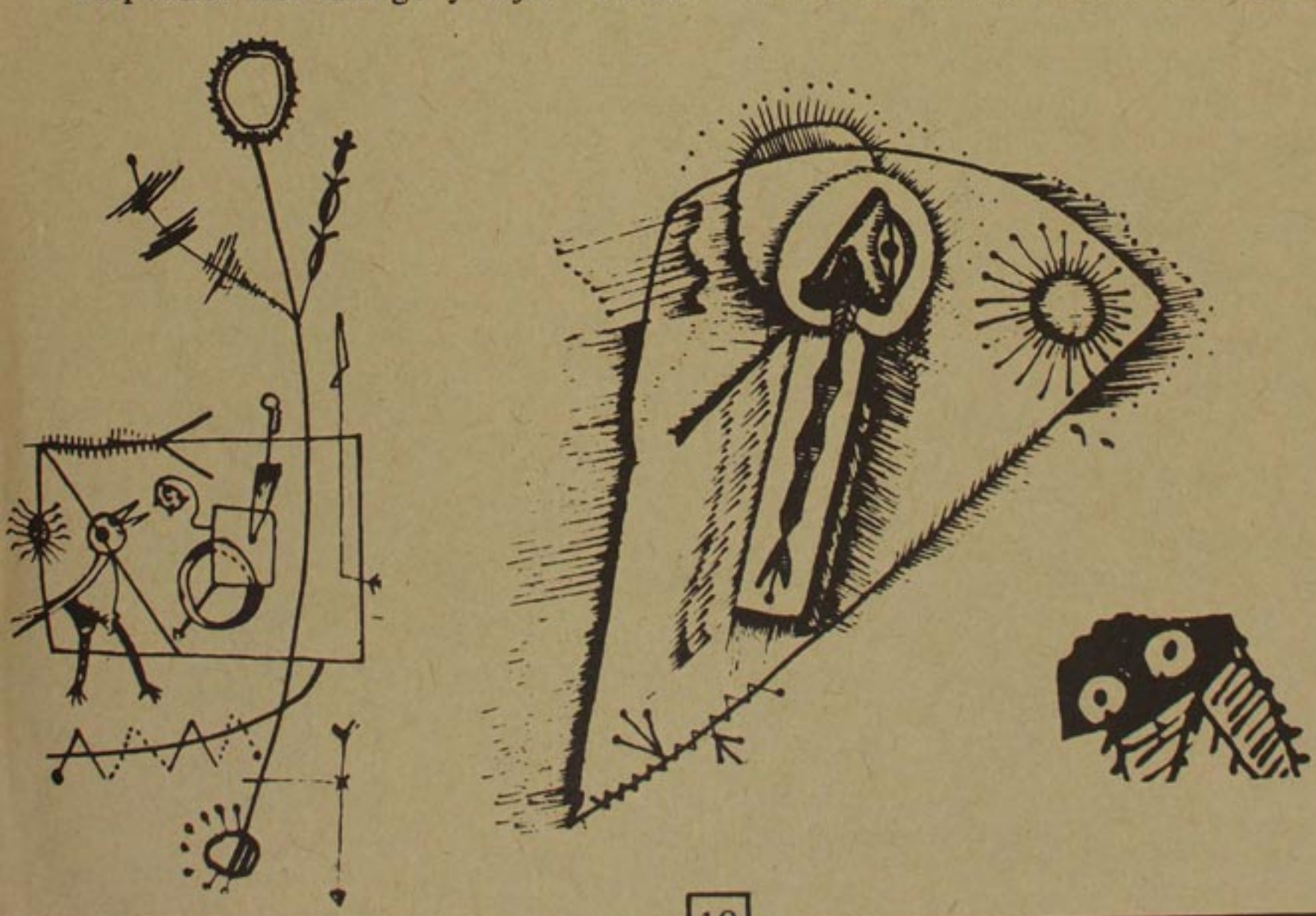
Lo importante de este Diario prohibido de Alvar Costa, a pesar de estar incompleto, radica en que se escribe simultáneamente a la carta de relación elaborada por Cristobal Colón para los Reyes Católicos, y la cual se considera como la primera Literatura Indiana que hoy encontramos fácilmente con el título de *Los cuatro viajes del almirante* en la colección Austral de la editorial Espasa-Calpe. Sin embargo,

Alvar Costa nos proporciona otra visión sobre los mismos sucesos. Es una lástima que su Diario se interrumpa el 13 de octubre, pues a partir de ahí se marcaba el continuo descubrimiento del Nuevo Continente que, para el Almirante Colón, seguiría siendo el encuentro con Cipango (Japón) y la búsqueda del Gran Kan, sobre Colón, aquí un apunte:

Agosto 12 de 1492 Ayer estuvo aquí el Almirante Columbus. Es tan fino y de buen porte que marica parece. Casi me parece imposible que este tipo haya convencido en la alcoba imperial a la Reyna de sus locuras. Traía enrolladas algunas cartas y a pesar de su cara preocupada, se le notaba lo presumido: es de estatura más que baja, delgado y pelicafé. Al despedirse nos arengó y dijo: "Fe en Dios y en los Reyes, pues estamos ya muy cerca de las Indias". Le miramos incrédulos y hostiles pero los capataces hicieron ligeros movimientos de látigos y espadas, entonces vitoreamos a los Reyes y al Almirante.

Todas las cartas de relación que se conocen inician con salves a Dios y a los Reyes, no así en este caso, quizá porque Alvar Costa no reconocía dioses ni reyes, o simplemente porque estos apuntes eran sólo para él y aquí puede surgir para el lector de esta reseña una pregunta ¿cómo entre gente de la peor ralea que se supone inculta, Alvar escribe? esto lo descubrimos casi a la mitad del libro, debido a que el narrador era muy proclive a escribir sus sueños:

Septiembre 8 de 1492 Cual si lo viviere de nuevo, anoche soñé al maes-



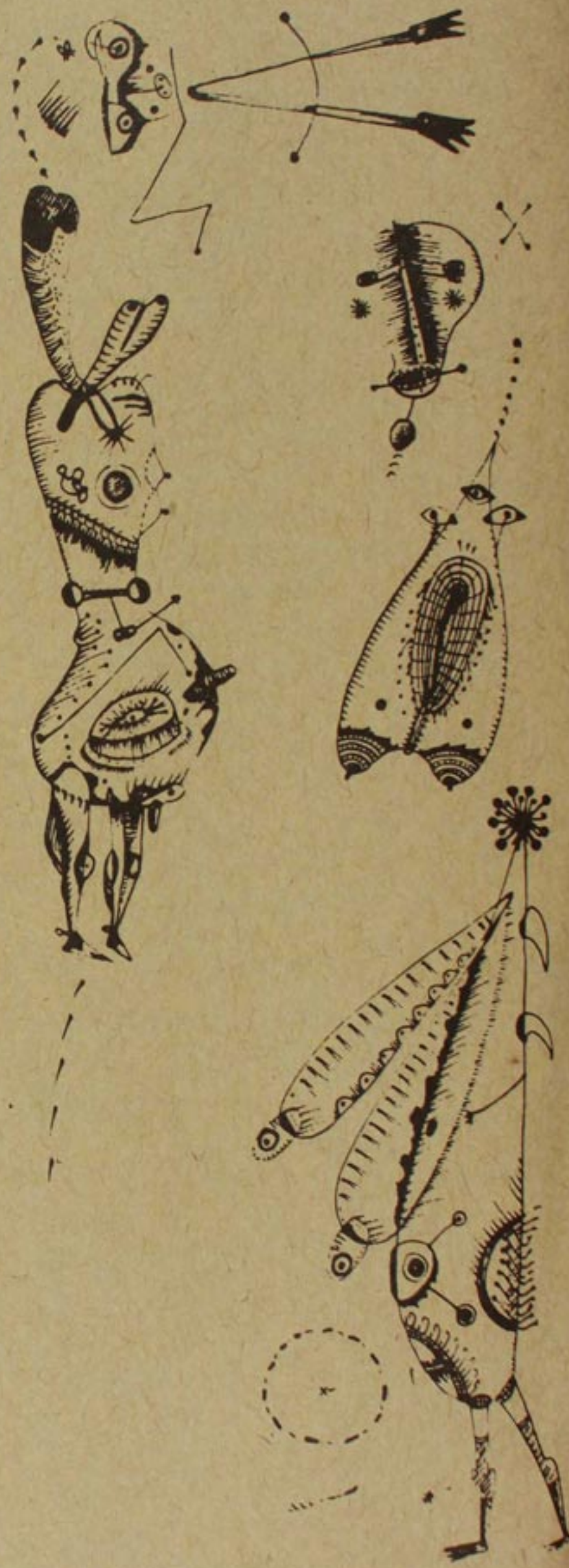
tro Pascuale di Bello, al que en Padua vencí y desalojé el ojo derecho de su órbita. Tanto insistía en sus enfadosas tesis ptolemaícas, que hubimos de disiparlas a punta de florete. Antes que ser aprehendido por la justicia y expulsado de la universidad, decidí huir a Portugal. ¡Pobre di Bello! lo imagino con un parche en su cuenca y dando media clase.

Posiblemente, este Alvar haya sido uno de tantos hidalgos que en ese tiempo sólo en la mar o en la iglesia encontraban su camino, mas el de marinero involuntario era difícil y bastante duro:

Septiembre 12 de 1492 La nao hace agua y la hemos desalojado en día y medio, es tan duro el trabajo y tan recios los capataces, que a veces extraño la tranquilidad de la mazmorra y el roce de los grilletes. Para mala fortuna, nuestra agua comienza a escasear y esta tormenta no amaina ¡voto a Satán que la tierra no aparecerá!

Por todo el relato se deja ver la desilusión, el miedo y la esperanza que en una mezcla de proporciones desiguales, van golpeando el espíritu de Alvar y posiblemente de toda la tripulación sujeta a este confinamiento móvil:

Septiembre 20 de 1492 Es para dar miedo; los vientos son a nuestro favor y cada vez nos alejan más del Continente. Y tal vez no existan vientos de regreso. Sólo el Almirante Christóforo y el Capitán Martín Alonso se alegran; ayer estuvieron hablando de Astrología; el Martín Alonso decíale que no confiaba en el astrolabio y el Almirante le aconsejó que atendiera a la estrella Polar y que "si los instrumentos



tallan, el poder de Dios no puso esa estrella ahí vanamente, pues Dios confía en los navegantes y sobremanera en esta empresa". Es terco como mula este almirante. Si sólo halláramos una isla harta de mujeres.

El libro nos proporciona fragmentos que vistos hoy resultan de un humor que en su tiempo debió ser otra cosa:

Septiembre 21 de 1492 ¡A mí las especias me importan un comino! y todo esto porque los muy aburridos Señores quieren yantar muy condimentado ¡joder! Ayer este imbécil de Rodrigo de Triana gritó desde el castillo de proa ¡Tierra! ¡Tierra! y fue tal la potencia de sus gritos que despertó a una manada de los llamados ballenas que confundió con tierra. Correteada que nos han puesto estos animales. Suerte que los vientos estaban a nuestro favor... Al anochecer hemos visto nuevamente caer del cielo dos grandes bolas de fuego como a tres o cuatro leguas.

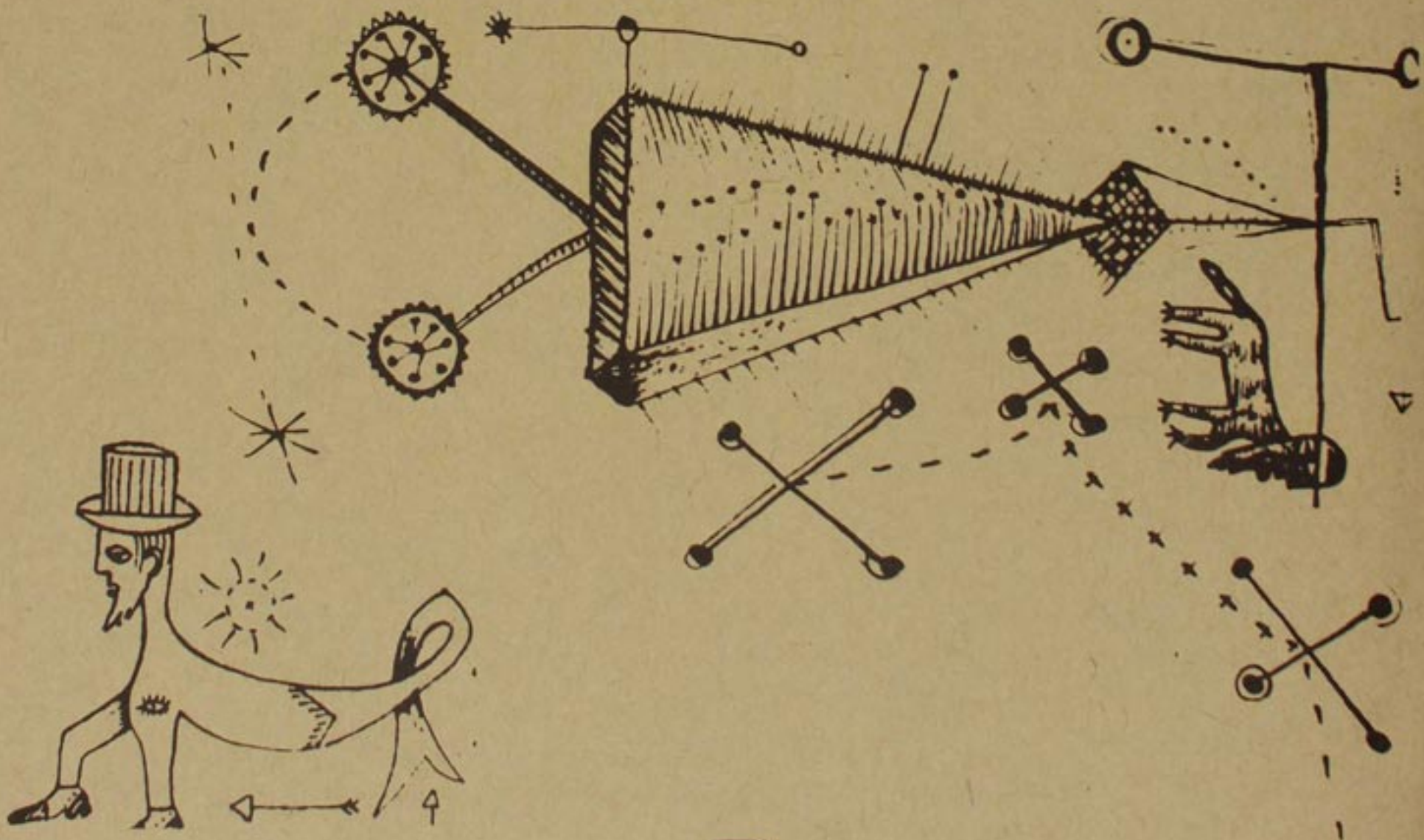
Detalle importante en la narración durante todo el relato, es que Alvar Costa se refiere al Almirante indistintamente como Christóforo o Columbus, lo cual confirmaría la tan discutida nacionalidad de éste, pues siendo ambos italianos, no tenían por qué identificarse como españoles. Por otra parte, Christóforo en su raíz significa "el que porta a Cristo", cosa que el Almirante creía con bastante firmeza, sintiéndose un iluminado o un nuevo Cruzado, pero ahora del mar:

Octubre 4 de 1492 Christóforo ha venido a terminar con el motín y después de tirar los muertos al mar ha

pronunciado en alta voz: " ¡Debiéranse sentir señalados por el dedo de Dios! vosotros, los criminales y la escoria habeís sido escogidos para que yo les guíe a través de esta mar inexplorada llevando la cristiandad y la fe de N.S. a las tierras del Gran Can. Falta el agua y la comida, cierto, pero sólo es una prueba impuesta por la divinidad. Cercanos están los días del oro y el hartazgo, mas para ello, debemos merecerlo." Su voz es trueno. "De los monstruos, el único a vencer es la maldad que anida en vuestros corazones y la cual os guiará a las profundidades del averno. ¡Entendedlo, canallas, esta es una empresa de Dios N.S.! Mirad esta espada, si alguno tiene miedo o desesperación, decidlo, ella le quitará las penas y hasta la vida. La conjunción de las estrellas, me es propicia. ¡Animo! cercano está el día y la Gloria de vuestra España". No le hemos creído a él, sino a la maldita espada.

Conforme avanza la lectura del Diario de Alvar costa, se puede inferir por qué le fue negada la publicación en su tiempo. Evidentemente no convenía a la Corona Española divulgar los acontecimientos aquí relatados, pues se hubiera desalentado a futuros conquistadores, sobre todo por los miedos imperantes en aquella época y que el marinero Alvar Costa venía a confirmar:

10 de octubre de 1492 Toda la noche escuchamos bandadas de pájaros, lo cual según el Martín Alonso era señal de tierra firme, entonces los que lo sabían entonaron el *Salve* y los que no, no. Al sol salido el Gómes Rascón que hacía de vigía bajó gritando alarmado. " ¡Sirenas! ¡Sirenas!" todos



corrimos por el lado de proa que por allá apuntaba Rascón, entonces se oyó un triste canto como lamento de mujer llorando y todos nos tiramos al suelo. El Capitán hizo traer a Juan Peláez para que hablara con ellas, que dijo eran diez y entre sollozos le preguntaban por una ruta para ir a la antigua Creta, pues estas aguas cálidas y revueltas les impedían desovar, Peláez preguntó al piloto quien indicó un rumbo, pero ellas insistían en hablar con el Capitán y subir al barco, entonces huímos. Al decir de Peláez, que se curó de la fiebre, son "harto fermosas, ojos colorados y como de vidrio, pechos amplios, escamadura verde y cortas alas plomizas afigurando las de un grande murciélago".

Tampoco a la cristiandad, sobre todo al clero tan preocupado por mantener la moral, hubiera convenido que se supieran detalles que se llevaban a cabo por los entonces caballeros de la Mar Océana y futuros conquistadores que propagarían la fe cristiana:

Octubre 11 de 1492 Nuevamente el Martín Alonso se encerró con el grumete y estuvieron en su cabina por buen rato, los dos salieron abrochándose el cinturón y con amplia sonrisa el aire cálido respiraban. Después hizo entrar a dos recios marineros y se escuchó el chasquido de un látigo y los gritos adoloridos y las plegarias del capitán. El marinero Fernán, que entró en la cabina, contó una historia que jamás hubiera creído del rudo Martín Alonso y que apuesto a Belcebú que no apuntará en su bitácora.

El diario desemboca en el Descubrimiento y desembarco en Guanhaní.

En un relato lleno de asombro y ruda poesía, Alvar Costa cuenta sus impresiones al arribar a la tierra prometida por Colón. Ahí finalmente, recuerda a sus amigos:

Octubre 13 de 1492 Diantre de Almirante, sabía lo que hablaba. . . Estas tierras serán de hartazgo para España. . . Mis amigos Fernán y Luis y Xorge deberían estar aquí y disfrutar conmigo estas mujeres que andan como su madre las parió; con su cabello como cerda de caballo, negros ojos, labios plenos, aliento como de olor a flores ¡y que piernas! y por encima de todo, sus carnes prodigiosas, macizas y cálidas como fogón en invierno. Cuando encontremos La Fuente de la Juventud Eterna, hartas botellas les llevaré y juntos vendremos a estas tierras.

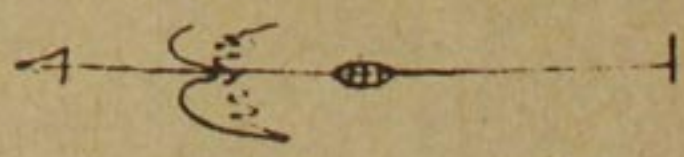
Aquí se interrumpe este Diario que sin un estilo literario relumbroso, nos lleva a recrear los momentos de un hombre involucrado por las circunstancias en una difícil empresa, y quien sin pretenderlo, arroja luz sobre el lado nebuloso de la Historia; esa que por fines "de alta política" a veces pasa desapercibida. Libros como este vienen a reafirmar lo que dijera Cioran: "Toda escritura finalmente llega a su destino".

El libro finaliza con una cronología aproximada del manuscrito, prohibido por primera vez en 1504 por orden de la Santa Inquisición y cuyo frustado editor –Luis de Calderón– murió "para escarmiento" en la hoguera; perdiéndose el manuscrito completo hacia 1883 en Bolonia, Italia y rescatándose (el fragmento editado) de la Biblioteca de Hamburgo en 1976.

El 15 de marzo de 1493 de regreso ya en el Puerto de Palos, conociendo la existencia del Diario y acusándole de "rebeldía en navegación", el Capitán Martín Alonso remitió al marinero Alvar Costa a la cárcel de Granada, donde enloquecido contaba exquisitas orgías a bordo de barcos. Ahí murió en 1496.

Das verbotene tagebuch von Alvar Costa Fruenbach & Kronsky, editores 126 pp. 1983.
Wolfenbüttel, Deutschland.

* Los fragmentos del diario que se reproducen en español, han sido traducidos por el autor de la nota.



Roland Barthes
MICHELET

Destinado a acercarse a la Mujer como confidente y no como raptor, Michelet sólo podía ser a la vez hombre y mujer. Y no dejó de considerar el doble sexo como sexo ideal y al hombre andrógino como hombre completo.

Jules Michelet
LA MUJER

Si se permite a la niña pequeña que escoja entre juguetes, preferirá seguramente miniaturas de utensilios de cocina y objetos domésticos. Es un instinto natural, el presentimiento de un deber que la mujer tendrá que cumplir. La mujer debe alimentar al hombre.

JUANA DE ARCO

Franceses, acordémonos siempre que en nosotros la patria ha nacido desde el corazón de una mujer, desde su ternura y sus lágrimas, desde la sangre que por nosotros dio.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Colibrí

Severo Sarduy

DIANA*bcdefghijk*LITERARIA

Colibrí

¿Un personaje? ¿Un ave? ¿Una ilusión afortunada? ¿Un sueño hecho realidad? COLIBRÍ es todo esto y más: es barroco, festivo, bailador y... algo serio. COLIBRÍ es la historia de un deseo, de una preocupación, de una venganza... de un capricho para recuperar el pájaro exiliado.

DIANA
Nuestra empresa es la cultura

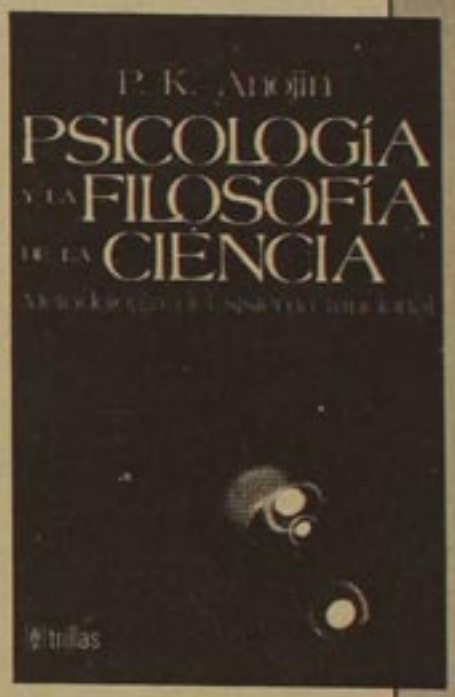
ADQUIÉRALO EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

NOVEDADES TRILLAS

OSMAN
PROBLEMAS DE APRENDIZAJE
Un asunto familiar

Este libro contiene amplia información acerca de la aparición de problemas de aprendizaje en el niño, e incluye consejos prácticos para facilitar su desenvolvimiento en el hogar, la escuela y las situaciones sociales.

ANOJIN
PSICOLOGÍA Y LA FILOSOFÍA DE LA CIENCIA
Metodología del sistema funcional

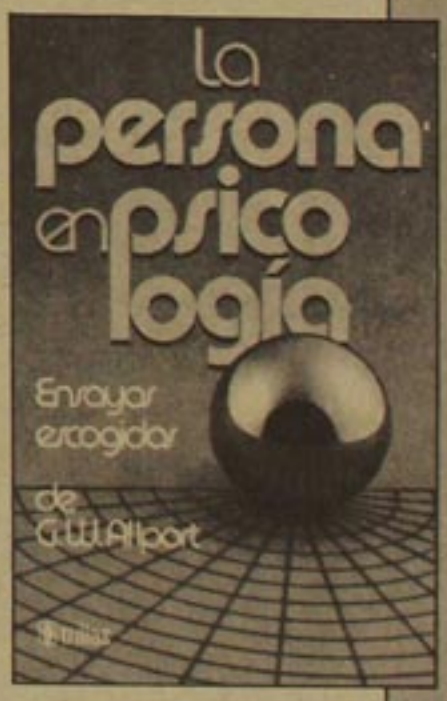


Piotr K. Anojin, prestigiado científico soviético, analiza en forma original los problemas que enfrenta la filosofía de las ciencias naturales en la actualidad.

COLEMAN y otros
PSICOLOGÍA DE LA ANORMALIDAD Y VIDA MODERNA

Los autores exponen los principales enfoques biológicos y psicosociales que permiten entender la conducta anormal o desadaptada.

ALLPORT
LA PERSONA EN PSICOLOGÍA
Ensayos escogidos



Gordon W. Allport recopila en esta obra una serie de ensayos en los que abordan con precisión y claridad los aspectos sociales, dinámicos y estructurales de la conducta personal.

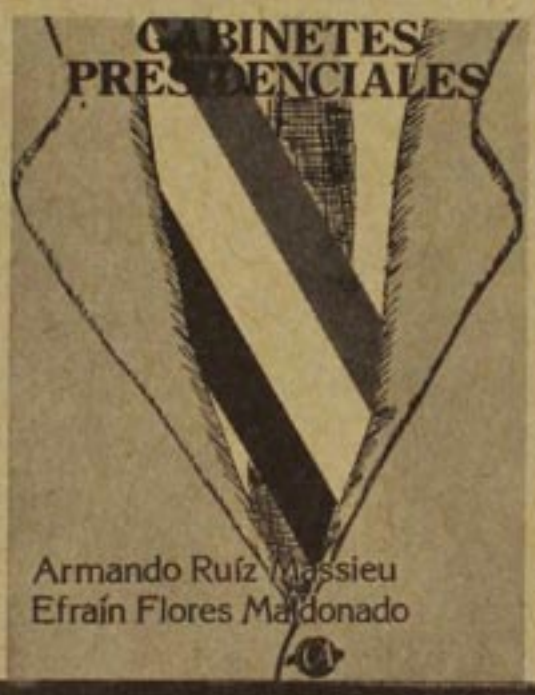
EDITORIAL TRILLAS

PEDIDOS: Tel. 657-91-88 Calz. De la Viga 1132 Col. Apatlaco

COSTA-AMIC EDITORES, S.A.

Calle Soto 62
Col Guerrero
06300 México, D. F

Tel. 5-29 89-36
5-29-89-37
Con 10 Líneas



ediciones era

Carlos Monsiváis

ENTRADA LIBRE

CRÓNICAS DE LA SOCIEDAD QUE SE ORGANIZA

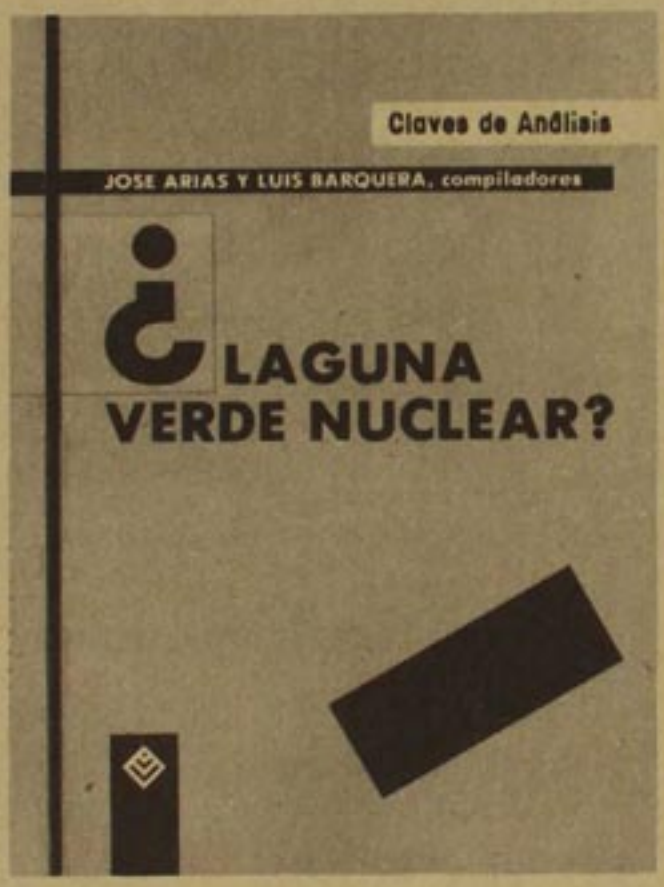
Carlos Monsiváis examina algunos desplazamientos profundos y algunas conquistas irreversibles de la sociedad civil mexicana en los ochentas: a lo largo de siete crónicas, vemos expresarse y actuar a grupos significativos de mexicanos, en situaciones de extrema tensión (los días del terremoto y la tragedia de San Juanico), en instantes de auge (la lucha en Juchitán, la disidencia magisterial, el movimiento popular urbano, el movimiento del CEU) y durante el clímax y anticlímax del Mundial de futbol.

EDICIONES ERA / AVENA 102 / 09810 MEXICO. D. F. ☎ 581 77 44

■ GUADALAJARA ☎ 14 90 84 ■ MONTERREY ☎ 42 08 12

CLAVES LATINOAMERICANAS

NOVEDADES



TEATRO
Teatro Infantil
"LA LEYENDA DE LA TORTUGA"
Adap. colectiva de una leyenda azteca. Dir. Alfonso Bravo.
con el grupo "El Zapato".
sábados y domingos
Horario 12:00 y 13:15 Hrs.

PRESENTACIONES DE LIBROS
Revista "TOPODRILO", de la U.A.M.
Lunes 18 *Horario 18:30 Hrs.*

CONFERENCIAS
Plática acerca de la Lectura del Tarot, con Graciela Murguía y Grupo ADYTUM
Jueves 7 *Horario 19:30 Hrs.*

GALERIA
Exposición "LIBRO OBJETO" de "Los Talleres".
Inauguración: *martes 5, a las 19:30 Hrs.*

MUSICA
Canto Nuevo, con
FELIPE NACIF
Lunes 4 y 11
Horario 20:00 Hrs.

MUSICA CLASICA
Recital de Guitarra, con
EDUARDO OROZCO,
Martes 5 y 12
Horario 20:00 Hrs.

Recital de Guitarra, con
ENRIQUE DOMINGUEZ
Martes 19 y 26
Horario 20:00 Hrs.

Recital de Guitarra, con
DUO CASTAÑON-BAÑUELOS
Miércoles 20 y 27
Horario 20:00 Hrs.

"HEBE ES TROIKA (una renovación normal)"
con HEBE ROSELL
Jueves 14, 21 y 28
Horario 21:00 Hrs.

PARTICIPANTES

LOS PRIMEROS PASOS
Eduardo Mosches

NUESTROS ESCRITORES
Eugenio Aguirre: oficio de imaginación
Gerardo Amancio

El último asesinato
Eugenio Aguirre

INEDITOS
El niño que iba al cine para no ver las películas
Isaac Rodriguez Cazáres

La llamada
Bernarda Solís

El diario prohibido de Alvar Costa
Gregorio Monge

Consejo de redacción: Gerardo Amancio y Guillermo Samperio
Director: Eduardo Mosches
Corresponsal en España: Julia del Solar
Corresponsal en Italia: Edmundo Font
Corresponsal en Argentina: Cristina Bartolucci
Diseño: María Eugenia González

Blanco Móvil es una publicación gratuita
a cargo de la librería y el Foro Gandhi
Dirección: Miguel Ángel de Quevedo 128
Tel.: 550 25 24